

y dignas la suerte de las armas y el engrandecimiento de sus conquistas: que la crueldad de que se le acusa, la deslealtad y la perfidia, la falta de temor á los dioses y de respeto á la religion y á la santidad del juramento, no debian servir de reparo y escrúpulo al senado cartaginés, con tal que en pró de la república los empleára ⁽¹⁾.

Necesitaba Anibal un vasto campo en que desplegar sus grandes dotes de guerrero. Odiaba á Roma, y deseaba abatir su orgullo. Habia en Cartago una faccion rival de su familia, y conveníale acallarla con hechos brillantes. Sin embargo, como la grande empresa que contra Italia meditaba exigia prudencia y preparacion, antes de medir sus fuerzas con Roma quiso mostrarse señor de España, y á este fin y al de ejercitar sus tropas é imponer ú obediencia ó respeto á los naturales, llevó primeramente sus armas contra los olcadas, que habitaban á las márgenes del Tajo, y los subyugó fácilmente. Internóse en otra segunda expedicion en las tierras de los carpetanos y de los vaccéos, taló sus pingües campos, rindió varias ciudades, y llegó hasta Elmantica ó Salamanca, cuyos habitantes obligó á huir con sus mugeres y sus hijos á las vecinas sierras, de donde luego los permitió volver bajo palabra de que servirian á los cartagineses con lealtad. De vuelta de esta expedicion pasó

(1) Tito Livio nos dejó el retrato moral de Anibal en el lib. XXI. c. 4, de donde le hemos tomado

á la capital de los arevacos, que tomó tambien. Mas cuando cargado de despojos regresaba de todas estas escursiones á Cartagena, atreviéronse á acometerle á las orillas del Tajo los olcadas y carpetanos en bastante número reunidos, y aun le desordenaron la retaguardia y rescataron gran parte del botin. Triunfo que pagaron caro al siguiente dia, en que Anibal les hizo ver bien á su costa cuán superiores eran las tropas disciplinadas y aguerridas á una multitud falta de organizacion, por briosa que fuese, que lo era en verdad; y en las páginas de Polibio quedaron consignados elogios grandes del valor y arrojo que en aquella ocasion mostraron los españoles.

Pero estas pequeñas conquistas no eran sino los preludios de la gigantesca empresa que en su ánimo traia, la de medir sus armas con los romanos, y atacar á Roma en el corazon mismo de la Italia. Faltábale un pretesto, y le tomó de las diferencias en que sobre límites de territorio andaban tiempo hacia envueltos los de Sagunto con sus vecinos los turdetanos ⁽¹⁾. No era Anibal hombre de quien se pudiera esperar que respetára las obligaciones del asiento con que las dos repúblicas se habian comprometido respecto de Sagunto; de presumir es que le hubiera

(1) No los turdetanos, como escribió por equivocacion Tito Livio, á quien siguió en el mismo error Mariana. Los turdetanos estaban demasiado distantes para haber entre ellos y los saguntinos cuestiones sobre lindes de territorio.

quebrantado de todos modos, pero cuádrábale bien encontrar algo con que poder cohonestar la guerra, y declarándose en favor de los de Turb a escribió al senado pintando á los saguntinos como injustos inquitadores de sus vecinos y como infractores del tratado, ó acaso mas bien como instigados secretamente por Roma, interesada en turbar la paz de sus aliados, pidiéndole al propio tiempo autorizacion para vengar la injuria de Sagunto. Otorgósele el senado, y aprestóse el ambicioso general á la campaña.

Viéndose amenazados los saguntinos, enviaron legados á Roma, esponiendo la congoja en que por su alianza se hallaban, y reclamando su auxilio. Contentóse el senado romano con espedir una embajada á Anibal recordándole el respeto que debia á una colonia aliada suya y requiriéndole de paz. Mas antes de tener efecto esta resolucion, súpose en Roma que ya Anibal se hallaba ante los muros de Sagunto, con un ejército que Tito Livio hace subir á ciento cincuenta mil hombres, provisto de todo género de máquinas é ingenios de guerra. Con esta nueva apresuróse Roma á enviar diputados al campamento de Anibal para que protestáran contra tan inicua agresion, y si continuaba las hostilidades reclamasen al senado cartaginés su persona como infractor de los tratados. Anibal entretanto atacaba con el ardor y fogosidad de un jóven guerrero, y los saguntinos se defendian con valor y denuedo prodigioso. Cuando llegó la embajada, dió á

los legados una respuesta ó evasiva ó dilatoria, y los envió á que expusieran su agravio ante el senado, de quien no obtuvieron mas favorable acogida.

Continuando Anibal el asedio, hacia jugar contra los muros de Sagunto todas las máquinas de batir. No solo contestaban los sitiados con armas arrojadas, sino que hacian salidas vigorosas que solian costar mucha gente y mucha sangre á los cartagineses. Un dia quiso Anibal hacer alarde de confianza, y acercándose imprudentemente al muro, asestáronle un dardo, que clavándosele en la parte anterior del muslo le hizo caer en tierra. Por algunos dias, mientras el general se curaba de su herida, se suspendió la lid, pero no las obras de ataque. Aprovechando esta ocasion los saguntinos despacharon segunda embajada á Roma apretando por el envio de pronto socorro, porque era urgente su necesidad. Otra vez se contentó el senado romano con enviar legados á Anibal, que en su mal humor ni siquiera se dignó recibirlos, limitándose á hacerles entender que no era prudente para ellos acercarse al campamento, ni ocasion para él de atender á embajadas: con lo que hubieron de reembarcarse para Cartago á esponer de nuevo al senado su querella.

Eran los momentos en que, restablecido el general africano de su herida, habia vuelto con mas furor al ataque, jurando no darse reposo ni descanso hasta ser dueño de la ciudad. Los arietes y las catapultas

iban derribando las torres y las cortinas del muro, mas cuando los cartagineses creian poder penetrar en la ciudad por las anchas brechas abiertas, hallaban á los saguntinos parapetados en los escombros, ú oponiéndoles sus pechos sobre las mismas murallas, ó echando mano á la terrible arma llamada *falárica*, hacian estrago grande en los sitiadores y solian rechazarlos y reducirlos á su campamento.

Debatíase en tanto en el senado cartaginés la reclamacion de los enviados del de Roma. No faltaron senadores que habláran enérgicamente contra la conducta de Anibal y del senado mismo. «Antes de ahora os he advertido muchas veces, decia Hannon, y os he suplicado por los dioses, que no pusiéseis al frente de los ejércitos ningun pariente de Amilcar, porque ni los manes ni los hijos de este hombre pueden jamás estar quietos: y no debeis contar con la observancia de los tratados y de las alianzas mientras viva algun descendiente ó heredero del nombre de los Barcas. Habeis no obstante enviado al ejército de España un general jóven, ansioso de mandar, y que conoce muy bien que el medio más seguro de conseguirlo, despues de terminada una guerra, es deramar las semillas de otra para vivir siempre entre el hierro y las legiones, con lo que habeis encendido un fuego que en breve os ha de abrasar. Vuestros ejércitos están en torno de Sagunto, de donde los arrojan los pactos y convenciones que habeis hecho, y

«no se pasarán muchos dias sin que vengan las legiones romanas á sitiár á Cartago, guiadas y protegidas por los mismos dioses, con cuyo auxilio se vengarán de la fé burlada del primer tratado en que fundais vuestra confianza..... La ruina de Cartago (decia despues), y «ojalá sea yo un falso profeta, caerá sobre nuestras cabezas, y la guerra que hemos emprendido y comenzado con los saguntinos tendremos que acabarla con los romanos....» (1).

Pero la voz de Hannon se ahogó como siempre entre la mayoría del partido de los Barcas, y el senado dió por toda respuesta que las cosas habian llegado á aquel estremo, no por culpa de Anibal, sino de los saguntinos. Con lo que el general cartaginés continuó obrando, mas robustecido de autoridad, si alguna le faltaba, y con aquella fuerza indomable de voluntad en que nadie escedió á aquel insigne africano.

Un reposo momentáneo habian gozado los de Sagunto, mientras Anibal hubo de acudir á sosegar á los oretanos y carpetanos, que se habian alterado y tomado las armas por el rigor que los cartagineses empleaban para levantar gente en aquellas tierras. Pero tardó poco en sujetarlos, y volvió á dirigir el sitio en persona. Hizo arrimar á la muralla una gran torre de madera, que escedia en altura á los mas elevados muros de la ciudad. Llovian desde ella so-

(1) Tit. Liv. lib. XXI., c. 3.

bre los sitiados dardos y venablos y todo género de proyectiles. A los continuados golpes de los arietes, de las catapultas y ballestas caian con estrépito desplomados los muros, sin que por eso los bravos saguntinos desmayáran, ya levantando nuevas torres, ya retirándose al centro de la ciudad, que iba quedando reducida á estrechísimo recinto, y defendiéndose heroicamente parapetados en los escombros de las murallas y de sus casas mismas. Acosábalos ya tanto el hambre como el hierro enemigo. Tan congojosa estremidad movió los corazones de dos hombres generosos, cuyos nombres celebramos nos haya conservado la historia, Alcon y Alorco, saguntino el primero, español el segundo que servia en las filas de Anibal, los cuales sin conocimiento de los sitiados y obedeciendo solo á su buen deseo, entablaron tratados de paz con los cartagineses. Mas las condiciones que estos exigían eran tan duras y parecieron á los saguntinos tan humillantes, que cuando les fueron notificadas llenáronse de santa indignacion y enojo. Entonces fué cuando formaron la resolucion heroica de perecer antes que sucumbir y de darse á sí mismos la muerte antes que sufrir la esclavitud. Diéronse á recoger cuanto oro y plata, y cuantas alhajas y prendas de valor en sus casas tenían, y prepararon en la plaza pública una inmensa hoguera.

Pero antes, segun Appiano nos refiere, quisieron hacer el último esfuerzo de la desesperacion en la

única noche que ya les quedaba, intentando una salida vigorosa. Noche fué aquella de horrible carnicería y espanto, en que sitiadores y sitiados empaparon la tierra abundantemente con su sangre. No pudieron vencer los saguntinos, porque era ya imposible que venciesen, y recurrieron á la hoguera. Arrojárónse muchos á las llamas, que consumian alhajas y héroes á un tiempo. Imitábanlos sus mugeres, y algunas hundian antes los puñales en los pechos de sus hijos. Cuando entraron los cartagineses los sorprendieron en esta sangrienta tarea. Horror y espanto debió causar su obra á los vencedores, á los dominadores de cadáveres, de ruinas y de escombros.

Asi pereció Sagunto ⁽¹⁾, despues de ocho meses de asedio (534 de Roma, 219 antes de J. C.) Primer ejemplo de aquella fiereza indomable que tantas veces habrá de distinguir al pueblo español, (que por españoles contamos ya á los saguntinos, aunque griegos de origen, despues de mas de cuatro siglos que vivian en nuestro suelo, como nadie ha dudado llamar africanos á los cartagineses, por mas que fuesen una colonia de Tiro), y glorioso aunque triste monumento de la fidelidad que supieron guardar á los romanos ⁽²⁾. Fidelidad inmerecida, y borron eterno para Roma, que tan mal correspondió á tanta constancia y

(1) Polibio, Appiano, Livio, *num quidem sed triste monumentum*. Flor. Epit. lib. II.

(2) *Fidei erga romanos mag-*

lealtad. Con razon murmuraban los romanos mismos la lentitud y apatía de un senado que malgastaba en embajadas y discursos el tiempo que hubiera debido emplear en enviar socorros. *Dum Romæ ccnsulitur, Saguntum espugnatur*, se decia en Roma, y el dicho se hizo proverbial.

Ocupa hoy el lugar de la heróica y famosa Sagunto la ciudad de Murviedro en la provincia de Valencia, donde todavía se conservan restos y vestigios preciosos de su antigua grandezâ; la historia conservará perpetuamente la memoria de su heroismo.

CAPITULO IV.

ANIBAL EN ITALIA: LOS ESCIPIONES EN ESPAÑA.

De 219 antes de J. C. á 211.

Declaracion de guerra entre Roma y Cartago.—Prodigiosa marcha de Anibal.—Los Picineos.—Los Alpes.—Sorpresa de Roma.—Combates y triunfos de Anibal.—En el Tesino.—En Trebia.—En Trasimeno.—En Cannas.—Susto y terror de Roma.—Anibal en Capua.—Venida de Cneo Escipion á España.—Bate al cartaginés Hannon y le derrota.—Venida del cónsul romano Publio Escipion, hermano de Cneo.—Casi todos los pueblos de España se declaran por los romanos.—Los Escipiones se apoderan de Sagunto.—Angustiosa situacion de los cartagineses.—Se recobran y vencen en dos grandes batallas.—Masinisa.—Mueren los dos Escipiones.—Congoja de los romanos.—Arrojo y heroicidad de Lucio Marcio.—Hace cambiar de nuevo la suerte de las armas.—Claudio Neron en España.

Hondo disgusto y emocion profunda causó en Roma la noticia de la destruccion de Sagunto, que llegó al mismo tiempo que sus embajadores regresaban de Cartago. Figurábase ya ver al intrépido africano franqueando los Alpes, y aun se le representaban á las puertas de la soberbia ciudad. Conocieron entonces de cuánto era capaz el jóven capitán cartaginés. Lo que al senado inspiró terror, produjo indignacion en